

Dr. J. P. Jones, Secretary

1870-1871

1871-1872

1872-1873

Mentimos mucho

—Sí, mi dulce amiga, no lo extrañes: mentimos mucho.

—Yo no me sorprendo de las innúmeras mentiras que bailan siniestras danzas en los labios de una humanidad envilecida.

—No me refiero a las mentiras vulgares; tampoco a las convencionales: esas que forman la costra inmunda de hipocresía que no permite la transpiración de la verdad.

—Entonces... qué me estás diciendo?... Parece que tienes dislocado el pensamiento. Algo notan hoy mis ojos en tu semblante de bohemio. Alguna lucha encarnizada libras en tu corazón de artista!...

—Tienes razón. Por eso te digo que men-

timos mucho: nos mentimos a nosotros mismos!

—Explícate.

—Pues oye, dulce amiga:

Aquella mi Lily ideal, la bella artista que tocaba el piano con la exquisitez de su ternura;

la que acariciaba con los pétalos de rosa de sus pulidos dedos la rebelde melena de mis cabellos;

la que confundía su aliento con el mío en la amorosa y muda confesión del beso;

la mujer que escanció en la copa del ansia las más delicadas mirras de mi alma sentimental e ingenua... ya no se reclinaba en el santuario entristecido de mi corazón... Se fué... se fué muy lejos, y un mar negro de olvido se interpuso entre los dos. Y luego se encargaron de extender las playas de ese inmenso y negro mar, las raspaduras que me hicieron en el alma las vulgaridades de la vida con su cortejo de decepciones;

las rudas luchas de mi existencia, para alimentar el mísero envoltorio del espíritu, a despecho de los desleales hombres...

Pero yo mentía...

Mi corazón era un tranquilo lago, cuyas salobres aguas ocultaban en el fondo una pasión inolvidable.

Y esa pasión surgió a la superficie anoche mismo. Sabes cómo, tierna amiga?

—...

—Pues en un divino y casto sueño.

—Se puede saber lo que soñaste?

—Soñé, oh, qué tristeza!, que estaba muy cerca de ella... en la misma sala en donde solíamos—con músicas y besos—darle vida intensa a nuestro amor. Mi dulce Lily, sentada al piano, con sus pulidos dedos diluía ternuras en el ambiente. El alma de Strauss era nuestra alma!... De cuando en vez dejaba suspensa una armonía para aprisionarme entre sus brazos, y asirme fuertemente como si temiera de alguien que osara arrebatarme a su dulce compañía. Recuerdo muy bien que yo palpaba su menudo y griego rostro, para convencerme de que no era un sueño mío!

Y yo... que me imaginaba haberla olvidado para siempre; que pensé que su re-

cuerdo no turbaría jamás mi monótona existencia!... Oh! mentimos mucho! Nos mentimos a nosotros mismos!...

Porque otra vez volverá a extenderse en mi alma el mar negro del olvido, hasta que otro sueño—otra gota de perfume—venga a aromarme el corazón, para luego brotar de mis febriles ojos convertida en agua amarga y cristalina...

(De *Sangre de Lirios*. Publicado en *Figaro*).

¡Oh, no vuelvas!...

¿LUEVE... y en mi cuartucho de bohemio abandonado, también derrama mi alma una lluvia cristalina de recuerdos...

Cosquilleándome la mente como con áureos alfileres, se va desenvolviendo ante mis ojos una película de tonos dulce-amargos...

Veó en ella una ventana abierta que vomita una como quetzalina luz; dentro, la dorada rubia mía; la de celestial espíritu... la de bondades exquisitas...

Yo le estoy hablando... hablándole de esperanzas; y con el arrullo de mis promesas, le formo un lazo rosa-té que tiernamente prendo de su cabellera perfumada. Ella suspira con la profundidad de un alma

y su rostro se amapoliza, cual un jirón de celaje de los que el sol sabe colgar en la agonía de los crepúsculos...

Fuera de la estancia—tal como hoy—una lluvia de soñolienta necedad canta por las calles y tejados su cantinela de letal melancolía...

¿Por qué has venido este año — ¡Invierno! — este año en que mi vida se consume lentamente en la voluntad de una tristeza?...

¡Oh, no vuelvas! No vuelvas a mi cuartucho de bohemio abandonado...

(De *Sangre de Lirios*. Publicado en *La Opinión*).

Tu ausencia

Mi tristeza — hecha un puño en mi alma — dolorosamente se recostaba en la barandilla del jardín.

El cigarrillo *Flor de Cuba* que en mis dedos oprimía, lloriqueaba un humo blanco.

¿Por qué me había desertado de la mueca eterna del salón?

¿Por qué el silencio me llamaba a gritos para estrecharme en el perfume de sus abrazos?

En este instante no lo supe.

Pero luego... — ya mi amargura recostada en la barandilla del jardín — todo lo vine a comprender en el arrullo de un arrepentimiento:

Tú no estabas allí!

Y sin embargo—tal vez desde tu lecho y en el alma de una violeta—me enviabas el oro de tus reproches, el aroma de tus pensamientos...

(De *Sangre de Lirios*. Publicado en *La Opinión*).

De José Joaquín Sibaja

A mi madre

Despertar

La oración del crepúsculo

La Torre de San Juan

En la torre de San Juan

se ve el mar y la ciudad

de San Juan de los Rios

A mi madre

Madre, madre, dónde estás?
Dónde vives, madre mía,
y después de tu agonía
a dónde tu alma voló?
Qué mansión de paz y gloria
te sirve de eterno asilo?
Qué sitio grato y tranquilo
el destino te fijó?

Tu cuerpo yace cubierto
bajo la tierra sombría
y guarda una piedra fría
tu despojo material;
allí, en eterno descanso,
terminó ya tu jornada,
y dormirás sosegada
en dulce paz celestial.

Mas, tu espíritu que vive,
que me alienta y que me cuida,
que a mi mente enloquecida
le da consuelo y valor;
tu espíritu que es la llama
que calienta mi existencia,
tu espíritu, que es la esencia
de mi imponderable amor;

tu espíritu, madre mía,
que vela por mí incesante,
que solícito y amante
su tierno arrullo me da;
si no habita allá en el cielo
sereno, puro y glorioso,
con su aureola, esplendoroso,
dime, madre, dónde está?

* * * * *
Ya lo sé, madre querida:
guarde tus restos la tierra
mientras que mi pecho encierra
el alma que te alentó:
será aquella tu sepulcro,
inmenso y lúgubre osario,
y mi pecho el relicario
donde tu alma se albergó.

¡Qué más quiero, dulce madre!
A la mía tu alma enlazada
con fe y devoción sagrada

velará siempre por mí;
bendeciré tu memoria,
serás mi guía y testigo,
vivirás siempre conmigo!
viviré siempre por ti!

(Envío del Autor).

Despertar

Despierta ya de tu tranquilo sueño,
despierta, niña, y que tu voz sonora,
mezclada con los besos de la aurora,
entone un himno al misterioso amor.

El ave trina cuando el sol asoma,
sus tibias alas con ternura mueve,
y al blando impulso de la brisa leve
abre su cáliz la pintada flor.

Allá, escondida entre las grietas verdes,
tranquila, perezosa y transparente,
se desliza muy lánguida la fuente
salpicando de perlas el tapiz.

Allá, en el seno de la selva oscura,
en el seno callado y misterioso,
cuelga su nido entre el follaje hermoso
el pájaro cantor, libre y feliz.

Y más allá, sobre la altiva roca,
coronando la cúspide desierta,
se posa el águila, la vista alerta,
cual reina sola de la inmensidad.

Luego, atraída por los tibios rayos
del sol naciente, en majestuoso vuelo
cruza sin tregua el esplendente cielo
y bñase en la inmensa claridad.

Lejos, muy lejos, donde apenas se oye,
del mar inquieto en la anchurosa playa
se desliza, se extiende y se desmaya
la ola encrespada que llegó a morir.

Y en el confín del horizonte lucen
los celajes de bruma primorosa
con sus tintes bellísimos de rosa
y sus ricos cambiantes de zafir.

Todo canta y murmura y se estremece,
todo gime al impulso de la vida
y arrullo tierno que a vivir convida
el sol ofrece en su primer albor.

Despierta, pues, de tu tranquilo sueño,
despierta, y que tu acento melodioso
en el concierto matinal, ruidoso,
himnos entone al misterioso amor.

(Envío del Autor.)

La oración del crepúsculo

Palidecen los últimos reflejos
del sol que, lento, tras el monte se hunde,
la sombra del silencio sobrecoge
el alma triste del que llora y sufre.

Busca el ave su nido entre el follaje
y acaricia a sus hijos amorosa,
suspira el aura y la fuente murmura,
la flor exhala su exquisito aroma.

Es la hora misteriosa de la tarde,
nada turba el reposo que comienza,
es la hora en que se avivan y despiertan
la pena y el dolor que el alma encierra.

Una hermosa mujer de rostro pálido
aparece de pronto en la arboleda
y lentamente, por sendero oscuro,
camina triste con profunda pena.

Huella en su rostro del dolor existe
y dentro el corazón terrible herida:
apagado el fulgor de su mirada
y el tinte juvenil de sus mejillas.

Llega al pie de una cruz y se detiene,
arrodíllase e inclina la cabeza...
y sus trémulas manos enlazando
su queja dolorosa a Dios eleva.

Y luego fervorosa, enternecida,
entre ahogados sollozos de amargura,
modula una oración que sólo Dios
y la profunda soledad escuchan.

Y mientras reza ensimismada y triste
y llora inconsolable su tormento
las lágrimas ardientes de sus ojos
humedecen el fúnebre madero.

Termina la oración ferviente y pura
dirigiendo una lánguida mirada
al cielo azul de donde ansiosa espera
un rayo de consuelo para el alma.

Enjugado su llanto y pensativa
abandona aquel sitio frío, oscuro,
adonde sólo va cuando vacilan
los pálidos reflejos del crepúsculo.

Ofrécenle al pasar las tiernas flores
el hálito fragante en sus corolas
y el véspero sus rayos melancólicos
en la del cielo interminable bóveda.

Y en tanto languidecen los destellos
del sol que lento tras el monte se hunde,
la sombra del silencio sobrecoge
el alma triste del que llora y sufre!

(Envío del Autor).

De Rafael Angel Solera

Mi guante

Madrigal

Mi Guante

Esta rosa que os doy, doña Celeste,
va a deciros que os amo con locura:
he jurado rendir vuestra hermosura
y he de rendirla, cueste lo que cueste.

Galante heraldo de una lucha es éste,
que habrá de sostener, con mi bravura,
el grande orgullo de vuestra alma dura,
que tiene de cautivos una hueste.

Ya lo sabéis: sin casco y sin espada;
mi lanza será un alma enamorada,
la vuestra, un corazón empedernido.

Si salgo vencedor, será una gloria;
mas, si es vuestra la Palma de Victoria,
será un honor, también, quedar vencido!

(Envío del Autor).

Madrigal

Oh, labios de rubí que os imagino
más frescos que el rocío sobre las flores,
que con candor divino
pronunciasteis el fallo en mis amores:
Oh, ya que en mi favor habéis fallado,
y si pedir os más no es un exceso,
terminad lo empezado,
me agobian mis anhelos con su peso;
¡Venid, estoy cansado,
borrad mis inquietudes con un beso!

(Envío del Autor).

De Tito Livio Solera

Anda, corre y torna a mí

Anheles

Anda, corre y torna a mí

A MIS MAESTROS J. GARCÍA MONGE
Y LUIS DOBLES SEGREDÁ

Corre, corre, verso mío
por la senda que te den;
busca un pecho igual al mío;
si hay en todos mármol frío
torna luego y a mí vén.

Deja al paso los horrores,
bebe néctar y no hiel;
busca albergue entre las flores
— si te niegan sus primores —
llena el cáliz con tu miel

Anda y dile a los humanos
cuanto amargo es mi decir.
Si te insultan los profanos
y te estrujan en sus manos,
corre, torna, vén a mí.

Yo te quiero, verso mío;
no te importe la maldad,
no te importe el poderío
ni te importe el dicho impío
de la crítica fatal.

Yo, tu padre, hijo de mi alma,
blando albergue te daré;
nunca esperes ver la calma
que tú anhelas y que ensalma
tu ternura de mujer.

Corre, corre y ve del mundo
la satánica ambición,
y en tu giro vagabundo,
a la zaga de lo inmundo
cada hombre ir en pos.

Anda y llama en cada puerta
que te encuentres al pasar,
al abrirla, queda alerta;
que quizás una alma yerta
quiera darte la orfandad.

Nada temas; hazte fuerte
por la senda que te den.
En la lucha anhelo verte
disputándole a la muerte
sus dominios, para el bien.

Si en tu ruta hallas acaso
un hermano en el dolor;
de tu pan dale un pedazo,
dale apoyo con tu brazo,
dale calma con tu amor.

Cuando fines la jornada,
si descanso has de pedir,
bebe fuerza de la nada,
no te arredre la celada,
corre, torna, vén a mí.

(Envío del Autor).

Anhelos

PARA TÍ, MADRE

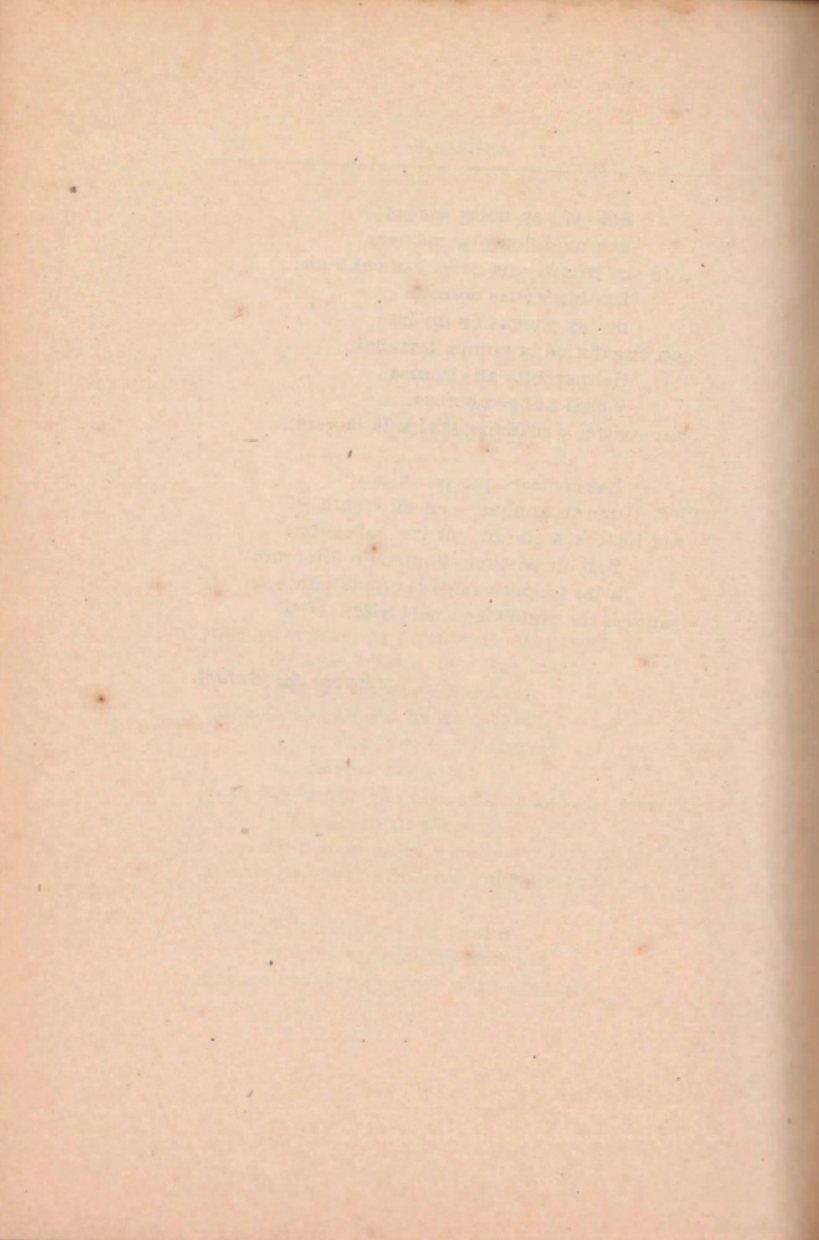
Oye, madre, cuando muera,
nada cuentes de mi muerte
que a ninguno ha de moverle tu pesar.
Quiero, madre, que seas fuerte,
que no mires en la muerte
un abismo que nos ha de separar.
Yo te ruego que al llevarme,
mi carroza funeraria
sean tus brazos que me escudan hoy del mal,
y a manera de plegaria,
tu caricia dulce y varia
me acompañe donde vaya a descansar.

Y, no digas a las gentes
dónde escondas mi cadáver;
que no vayan mi reposo a interrumpir.

Sólo tú, en notas suaves
que modulen blancas aves,
y en sus trinos, mis endechas vas a oír.
Las hipócritas coronas
no las pongas en mi fosa,
son engaño de la pompa terrenal.
Se marchita allí la rosa,
y cual nube vaporosa,
hoy existe, y mañana, disipada la verán.

Las coronas que yo quiero
que tú pongas -- en mi frente --
son los besos que tú, madre, sabes dar.
Son un póstumo homenaje diferente
a las torpes vanidades de la gente,
vanidad de vanidades, nada más.

(Envío del Autor).



De Mariano Solórzano

¿Por qué...?

Notas de esplín...

De Minimo Bolorano

1875. 1. 1.
1875. 1. 1.

¿Por qué...?

¿Acaso no has sentido cuán intenso
es el consuelo que en el mar hallamos,
cuando sufrimos un dolor inmenso
que con sublime abnegación callamos?

¿Acaso no has sentido honda tristeza
si lejos de ese mar vives ausente,
y miras con cariño su grandeza
siendo como es: a todo indiferente?

¿Y por qué te consuela en tus dolores?
¿Y por qué con placer te inspira afecto
cuando es impenetrable en sus rumores
y del amor no entiende su dialecto?

No lo sabes quizá... ni yo tampoco,
y siu embargo con amor le miro:
me consuela, me alegra si le invoco
y, en mi ausencia, por él siempre suspiro.

Le adoro en el misterio de su vida,
me fascinan sus lenguas altiveces
y siento mi existencia confundida
en el fondo de sus negras lobregueces.

.
Y tú eres como el mar, impenetrable...
eterno interrogante que yo adoro,
sueño de amor, que siendo irrealizable,
sabe darme el consuelo que le imploro.

(De *El Correo del Poás*).

Notas de esplín...

Yo siempre, por las noches, sin conciliar el sueño sobre mi duro lecho, he de pensar en ti: [ño... la luz que me ilumina apago, porque siento, que crece el pensamiento con la tranquilidad.

Y envuelto en las tinieblas del aposento oscuro, levanta el raudó vuelo mi esclavo pensamiento, bajo el azul sereno, bajo la inmensa bóveda que tienen los recuerdos de nuestro ardiente amor.

Y llegan los recuerdos a torturar mi pecho, en donde tengo opreso mi pobre corazón; y a iluminar comienzan las sombras del pasado, llevando a mi memoria hermosa tempestad...

Son tantas, y tan bellas, las dichas del pasado y horribles y prosaicas las de un presente así, que siento ya extinguirse mi mísera existencia y mueren ilusiones que nunca volverán...

.

Te veo a veces lejos, venir altiva y guapa con ese paso lento que marcas al andar,

y miras que me acerco... y tiemblo para hablarte;
pero tus raros ojos me dan siempre valor...

Después... te veo furiosa, huir de mi presencia,
cruzar al encontrarnos y no mirarme más...

¡Qué triste!... ¡Qué espantoso!... No puedo com-
[prenderlo,
me siento enloquecido y ahogado en mi dolor.

No quiero nunca verte si has de seguir celosa,
si me desprecias... odia, sí, ódiame por siempre...
¿Por qué martirizado te gozas en tenerme
en negra incertidumbre de dicha y de dolor?

Yo sé que no me quieres, e insisto en que me
[quieras

llenando mi esperanza de tu sincero amor
y con recuerdos tristes o dulces, me alimento
y en ellos se consagra mi dicha y mi dolor....

.
En esas tempestades me vivo cuando duermo,
tu imagen se presenta, para mi bien o mal,
y dudas que te quiera y dudas que te adore
mientras mi pecho sufre y muero de dolor.

(De *Arte y Vida*).

De Bernardo Soto

Discurso

Discurso

viva, luz perdurable, alumbra su sepulcro: la aureola de la gloria lo circuye; y aquel que la conquistó para la patria hace la suya imperecedera, porque las glorias nacionales nunca mueren.

A mí me ha tocado en suerte la honra de traéroslo; pero honra infortunada es ésta, honra tristísima, señores, porque no tengo el derecho de hacer enmudecer mi voz para dar vado en silencio a mi propio duelo; no tengo ese derecho, porque ella debe sintetizar todos los clamores, todos los sollozos y todo el desconsuelo de un pueblo; porque ella es el eco de un inmenso lamento de amargura.

Yo no os diré por qué; yo no os diré la causa: ese pueblo no quiere hacer aquí el recuento de sus pesares en el catálogo inacabable de su gratitud: que hoy no es día de detalles, sino de un conjunto, de un caudal de pena incalculable; porque hoy es, señores, un día de solemne pésame para la patria.

El pueblo de Alajuela os entrega los despojos del héroe para que le ayudéis a hon-

rarlos, y os confía la guarda de su memoria; de su memoria, que recuerda todo un período de historia nacional. No es solamente un grande hombre, no es tan sólo un guerrero, ni únicamente un buen ciudadano, ni un político eminente, ni un patriota abnegado el que ha muerto; es algo más que esa corona de inmarcesibles lauros. Volved la vista en torno vuestro, y esos severos crespones, esos graves semblantes de la muchedumbre, esas lágrimas que vierten los ojos de aquellos que no saben llorar, de aquellos veteranos que vienen consternados a tributar postrer homenaje a su bizarro General, de aquellos que vienen a ver desfilar ante sus serenos pechos, la espada victoriosa y el penacho blanco y las medallas ganadas en los campos de batalla; todo eso, señores, nos está indicando que la muerte del General Guardia no es tan sólo un suceso doloroso; nos está diciendo que en estos instantes solemnes se ha sepultado una edad, y que la nueva que surge de los arcanos de lo porvenir, debe mirar a menudo las claras lecciones y los ejemplos vivos que

dejan bien perfilada huella en la edad que se despidе.

Hondas reflexiones y graves pensamientos nos ofrece la contemplación de ese cadáver. En él se ve cumplida una de las leyes, siempre ineludibles, de la Providencia; una ley con la cual deberíamos estar casi familiarizados, pues que a todos tiene que alcanzarnos y que nadie puede infringir. Y bien, señores, yo que creo en la Providencia, creo también cierta la predestinación humana. Cuando el vigor de una naturaleza admirablemente privilegiada, cuando la virilidad de un alma mejor templada que el acero animaban su cuerpo, bajo ese cráneo y dentro de ese corazón, ahora paralizados y yertos, brotaron dos chispas de sagrado fuego: un gran sentimiento y una gran idea. ¿Quién los puso ahí? Dios; y Dios mismo condensó esas chispas en una sola que invadió todo aquel ser. Creció la llama y los triunfos de la Patria, en Santa Rosa y Rivas, son de ello un testimonio fiel. El 27 de abril de 1870 fué Genio; y desde entonces acá su acción fecunda disipó tinieblas, despejó ho-

rizontes, descuajó selvas, domoñó torrentes y majestuosos ríos; y los escuadrones del progreso, con él a su cabeza, alcanzaron la victoria prometida en las playas del Atlántico. Su gloria dejó de ser de un hombre para ser de la patria; y la misma mano que le trazó inmortal carrera, con un ligero soplo arrebató su espíritu. Después... la Iglesia reclama el vaso que contiene la mortal ceniza y la historia recoge su nombre para colocarlo en el panteón de la inmortalidad. Señores, todo va a consumarse, inclinemos la frente, que la patria, envuelta en luctuoso manto, va a sellar, con el gran diploma de la muerte, el sepulcro del más egregio de sus hijos.

(De Honras Fúnebres al General Guardia).

Discurso

pronunciado con ocasión de un homenaje
rendido por los Estudiantes de Derecho

SEÑORES ESTUDIANTES
DE LA ESCUELA DE DERECHO:

SI no se tratase de vosotros, y si la experiencia, cruel pero luminosa y purificadora como el fuego, no me hubiese dotado del conocimiento de mis propias imperfecciones, temería ser víctima del delirio de una violenta fiebre de orgullo y de loca vanidad, en presencia de las demostraciones de inmerecida simpatía que me dispensó ayer la Asociación del Profesorado Nacio-

nal y que me tributáis hoy vosotros, en cuyas cabezas, que aun saben del halago de las manos maternas, se elabora, como la perla en la concha, el pensamiento, que ha de ser llama de inspiración en la tribuna, relámpago en las tormentas populares, luz de faro en las playas tenebrosas de la política, rayo que serpee con fulgores trágicos en la negra conciencia de los perversos, y fuego sagrado de la Justicia en las altas cumbres del Derecho. Creo, no obstante, acertar al atribuir vuestra benevolencia a un motivo que os honra a vosotros al intentar ensalzarme a mí, y es que en los días en que tuve la honra de dirigir los destinos de la Nación, busqué en la Juventud el nervio, la fuerza y la inspiración de mi Gobierno. Y la Juventud de entonces, bizarra como la de hoy, estuvo pronta a brindarme su generoso apoyo. Este es, pues, el recuerdo que hoy magnificáis al dedicarme esta simpática fiesta de inauguración de vuestra Sociedad; y al rendirme el homenaje que acepto, penetrado de profunda gratitud, no se me oculta que en mí glorificáis a esa misma Juventud

que en todos los países, y en todos los tiempos, ha sido bella y valerosa como Aquiles, arrogante como Diomedes, que hirió con su lanza al iracundo Dios de la Guerra, terrible como David, a quien Jehová mismo armó de honda y piedra, entusiasta e inspirada como de Lisle, soberbia como Dantón, que arrojó al pie de los tronos de Europa, como guante de batalla, la cabeza de un rey, heroica como Viala, dulce y al mismo tiempo altiva como Chenier, suave y melancólica como Musset, elocuente y tempestuosa como Vergniaud e intrépida como Delavigne y como Byron que fué a morir a Missolonghi por la libertad griega.

Tanto en las alturas del Poder, entre las agitaciones de la vida pública, como en la calma y sosiego de mi hogar, siempre tuve fe en la Juventud, como la tengo ahora que aguardo audiencia en la antesala de la muerte. Y es que la Juventud no ha llegado aún a la selva oscura en que penetró Dante en mitad del camino de la vida, ni ha oído los rugidos y las lamentaciones de los avarientos que en los círculos tremendos

del averno hacen rodar pesadas moles de oro, ni ha cruzado en la barca de Caronte la Estigia, contemplando sus playas rocosas con sus bandadas de aves agoreras, ni ha visto a los apóstatas y a los verdugos hundidos hasta el cuello en lagos de sangre o de aceite hirviendo, sino que conserva la dulzura y rectitud de la infancia aunadas a la fortaleza y generosidad que le son peculiares; y desdeñando los materiales encantos del fraude y del error, sigue las huellas luminosas de Virgilio y admira en los ojos de Beatriz los claros manantiales del ideal eterno y de la eterna belleza.

Vosotros, que saludáis en mí a la juventud de ayer, que ya cumplió su misión, sois ahora la esperanza y el porvenir de la Patria, y cuando hablo de Patria me refiero no sólo a esta sección del Continente en que hemos nacido y que ilustraron con sus hechos ciudadanos modestos y funcionarios íntegros, como Juan Mora Fernández y José Rafael de Gallegos, sino también a la Patria grande de Morazán y de Valle. Jóvenes: firmes! Ya se oyen a lo lejos las alegres dianas, anun-

ciando a los caballeros de la democracia y del derecho, que se aproxima la hora de llamar a los hombres de buena voluntad, para acordar la unión, la unión hija del convencimiento y no de la fuerza que la civilización rechaza, a fin de que se consolide y perdure el magno pensamiento, que no hace aun medio siglo realizaron la bella Italia y la poderosa Alemania: porque la unión y la libertad hijas son del Cristianismo que lucha y vence, sin otras armas que la palabra al servicio de las causas santas. Así habremos recorrido apenas una parte del camino, llevando nuestro modesto contingente para realizar más tarde el sueño del Libertador. Entonces las campanas de nuestros templos, echadas a vuelo, serán los heraldos que lleven la buena nueva hasta los más remotos caseríos; y de nuestros corazones se elevará al cielo una oración, perfumada por los labios de nuestras mujeres y la inocencia de nuestros niños, en acción de gracias por los beneficios recibidos durante el período iniciado por el genio inmortal de Colón, y el Creador oirá clemente nuestra plegaria y

derramará sus bendiciones sobre el milagro realizado por la fe y constancia de sus hijos.

Es a vosotros a quienes vuelve los ojos doloridos la Patria en sus horas de angustia: hacia vosotros que poseéis la energía, el vigor, el músculo y el entusiasmo de los veinte años; y vuestras manos sienten la nostalgia de la espada y de la lanza, que empuñaron los soldados de Mora y de Cañas, cuando veis en peligro su honor y sus libertades.

Seguís una carrera luminosa, la carrera del Derecho, la gran Vía Láctea de la libertad y la justicia, empedrada de principios y de ideas que son astros. Yo también penetré un día, con el corazón palpitante y la cabeza erguida, en el recinto augusto de la Jurisprudencia, y al ser soldado de la República, fuí también soldado de la ley, como lo sois ahora vosotros. Ninguna ciencia más propia para formar el corazón del ciudadano e ilustrarlo en sus deberes. El Derecho es la conquista de la civilización que fué romana antes de ser universal, y Roma que con sus pechos de loba amamantó a cien

pueblos, hizo este precioso legado a las generaciones, y luego se recostó en su tumba de piedra, entre estatuas y columnas rotas y pórticos derruñados, pero el monumento de sus leyes, que es la gloria de la raza latina, se alza más alto que las Pirámides y el Parthenon, y la Themis vendada que lo corona se destaca, con sus balanzas de oro y su espada refulgente, por encima del león veneciano y el ábside de Nuestra Señora. La ciencia del Derecho es la ciencia de la Razón, de la Equidad y lleva el conocimiento de lo justo a través de los laberintos del dolo y del error; y vosotros que os dedicáis a su estudio, os habéis iniciado en el más noble de los sacerdocios, porque el que se consagra a la investigación de la verdad sabrá administrar justicia, función altísima que es uno de los más bellos atributos de Dios.

El principal deber del estadista es educar a la juventud. Así lo entendieron los griegos y los romanos que trabajaron el alma del niño y del adulto como se pulimenta un diamante, se pinta un cuadro, o se cincela

una estatua, pretendiendo de esta manera obtener el mismo ideal de belleza en las líneas y en los colores sensibles que en esos delicados lineamientos y en esos matices misteriosos que escapan al pincel, al buril y al compás y que constituyen las perfecciones morales. De este modo aquellos grandes educadores formaron una juventud grave, metódica, sobria, respetuosa, viril y abnegada que lo mismo guiaba cuádrigas y arrojaba el disco en los juegos olímpicos, que asistía a las clases de filosofía en los jardines de Academo y sucumbía con Leónidas en las Termópilas.

FIAT LUX ET LUX FACTA EST. Nada más sencillo, nada más elocuente, nada más sublime se ha dicho desde el principio de los tiempos.

Hacer la luz: he ahí la tarea más grande que se nos ha impuesto para hacer perenne la obra divina en la tierra. Debemos iluminar la senda que las sociedades han de recorrer para que lo hagan sin dificultades ni tropiezos. Ellas van buscando en todo caso la verdad y la justicia; que son el funda-

mento de su bienestar en la tierra; y en persecución de ellas recorrerán, como hasta hoy, la superficie de nuestro globo para hallar asiento a sus anhelos, o en arranques de audacia sublime descenderán a las profundidades de los mares para estudiar el mundo que ellos nos ocultan en su seno o arrebatarán a las águilas el señorío del aire, con el propósito de leer más de cerca en el libro del infinito, y descifrar sus misteriosos caracteres, esas estrellas que al brotar del caos como raudales de luz, son el eterno símbolo de la armonía, de la vida y de la libertad.

Educar a las generaciones de hoy es poner los cimientos sobre los cuales habrán de levantarse más tarde los pueblos libres, porque la libertad es planta que no se desarrolla y crece robusta sino a la luz meridiana, de que la instrucción popular es el foco, y que muere por agotamiento, exangüe y marchita, si se la encierra en las tinieblas. Por eso vosotros que pisáis ahora los umbrales de la vida y que empuñaréis muy pronto las riendas del Estado, preparaos para ser mentores y guías de la generación siguiente, a

fin de que los destinos de la Patria estén siempre en manos expertas, preparadas para conducir la nave, con pulso firme y mirada segura, al puerto de la prosperidad, cualesquiera que sean las tempestades que el azar de los tiempos desate contra ella en su marcha.

Hacer hombres de acerado carácter, educarlos para la lucha, para el trabajo que dignifica y redime a los individuos y a los pueblos, de modo que aunque vacilen y caigan una vez puedan levantarse, por la fe en su potencia personal y en sus altos destinos, como Cristo se levantó herido al subir al Gólgota, esa es la alta misión que a todos nos obliga.

Hacer bien a la Juventud es hacerlo directamente a la Patria futura, y ay! de los gobernantes que olviden este precepto porque ellos serán reos de lesa Patria.

El patriotismo, educado, hizo naturales las hazañas de nuestros próceres y hará naturales de igual manera las de los hombres de hoy y las de los hombres de mañana,

El estadista que pone sus manos en la

inteligencia y en el corazón del niño y del adulto para educarlos, podrá tener sus manos en el presente, pero su alma toda está en el porvenir, pues sabe que está vaciando en moldes de inmortalidad la Patria de mañana; y aunque con sus ojos materiales no pueda ver el resultado de sus afanes, desciende en paz al sepulcro, porque comprende que más allá de la tumba, más allá del universo conocido, al otro lado del tétrico perfil, tras del cual tienen todas las almas su tramo, su espíritu, ese algo indefinible que huye de la materia como la esencia de la flor marchita, contemplará su obra como contempla el labrador brotar la mies de los surcos que abrió ayer con el arado.

Jóvenes Estudiantes amigos míos: mi corazón rebosa de gratitud hacia vosotros, que tributáis este homenaje inmerecido a un viejo servidor de la Nación que observa con júbilo que su modesta labor, en lo que tuvo de personal, no fué perdida, pues contempla en torno suyo tantas jóvenes inteligencias como robustos brotes del árbol sagrado de la Patria. Recibid mi enhorabuena por

la instalación de vuestra Sociedad, para la cual deseo el éxito más lisonjero, y creed que conservaré entre mis mejores recuerdos el acto de hoy, que reverdecera siempre en mi memoria, como la vara de Aaron que se cubrió de flores ante los ojos admirados del pueblo de Israel.

(De Homenaje al Benemérito Lic. Bernardo Soto).

De Otilio Ulate

El hombre de pro

Mi experiencia más embarazosa

THE OCEANIC LINE

OF PASSENGERS TO

THE PACIFIC OCEAN

El hombre de pro

LOS costarricenses, evidentemente, no hemos inventado la pólvora, pero hemos inventado una casta de hombres que, si bien tampoco han podido ser los inventores de la pólvora, sí son viva enseñanza de que, lo que nunca ha servido para nada, puede llegar a ser, en cierto momento, lo absolutamente indispensable. Sobre todo en la política.

Hablo, señores, de los hombres de pro. El hombre de pro es artificio que por un extremo termina en un par de hules protectores del calzado contra las lluvias, — porque el hombre de pro será siempre previsor — y por el otro en un sombrero de

bombín, como temiendo que se derrame lo que lleva dentro de la cabeza y no haya dónde recogerlo.

El hombre de pro suele ser, físicamente, como en lo intelectual, inclasificable: ni alto, ni bajo; ni obeso como una pelota de hule, ni largo como una línea de ferrocarril; ni enérgico, ni débil; ni avaro, ni generoso; ni hermoso, ni feo; ni agradable, ni repulsivo; ni blanco, ni negro.

Si ocurre una catástrofe, antes que retirar escombros, cruza los brazos y lanza una exclamación de su uso personal: — ¡Sea por el amor de Dios! —, con lo cual presume no agraviar a Dios, supuesto autor de la catástrofe, ni ofender a las víctimas, porque un hombre de pro debe cuidarse mucho de estar en paz con todos.

Por lo mismo, es un inevitable asistente a todos los entierros, con lo cual nadie se da por disgustado. Y el hombre de pro es el dueño exclusivo de aquella frase con que, invariablemente, se presenta en las visitas de pésame:

— Hay que resignarse. No se aflija usted,

que ese es camino que todos tenemos que trajar. — Como diciéndole al doliente:

— Tranquilícese, hombre, que también a usted se lo llevará el Diablo cualquier día de estos! — Y de esta manera, al que no quiera caldo, le da dos tazas.

Su característica más acentuada, de la cual derivan sus prestigios de hombre público, es la ausencia de opiniones en todos los casos. No dirá jamás un disparate, pero morirá sin habérsele ocurrido una sensatez.

Si va al extranjero, volverá inmutable.

— ¿Diga usted, son allá bonitas las mujeres, prodigiosas las construcciones?

— Le confieso a usted que no tuve ocasión de observarlo. Es posible que lo sean...

Si va por la calle, apestado de solemnidad, dirige saludos en todas direcciones y tiene una frase afectuosa para cada transeunte. Pero no le hablen de política: él no será nunca conservador, ni liberal, no atacará a nadie, no romperá su gravedad silenciosa.

Pertenecerá a las asociaciones religiosas

y de caridad, será socio de los clubs, sin visitarlos, tendrá un seguro de vida...

Y así, mudos como la esfinge, estos hombres llegaron a ministros, les aclamaron las multitudes, fueron jefes de gobierno, escalaron las cimas de la victoria porque no opinaron nunca y nunca hicieron bien ni hicieron mal, tal que los postes de la luz eléctrica.

Mi experiencia más embarazosa

ACABO de leer, en una revista norteamericana, la siguiente sugestiva invitación:

«¿Quién no ha tenido un momento embarazoso en su vida? Escriba usted su experiencia más embarazosa y envíenos lo que escriba. Le pagaremos un dólar».

He sentido que el rubor me enciende otra vez las mejillas, como aquella noche, la noche de mi percance. Nos reuníamos al rededor de una mesa para ofrecerle el ban-

quete tradicional de la despedida de soltero al camarada que, por aquellos días, iba a casarse. Los banquetes han sido siempre lo mismo: el rato de hambre, o de mala alimentación, con que se finge agasajar a un señor que ha cometido, o está por cometer una tontería.

Los ocho días anteriores al de la fiesta estuve muy ocupado, haciendo un discurso. Nadie me lo había encargado, pero pensaba con acierto que a la hora que llaman *de los brindis* y que debían llamar hora de burro, me llegaría mi turno.

—Hable usted, hable usted! —, me dirían los que me juzgaban un joven de talento, capaz de improvisar con toda felicidad.

Escribí, pues, mi discurso, acudiendo en consulta a una serie de oradores antiguos y modernos e incrustando aquí y allá, algún chispazo ajeno, recortándolo, para arrancarlo del sitio que ocupaba en el libro y traerlo, como propio, a mi discurso. Después, confié *la obra* a mi memoria porque — naturalmente — mi mérito residía en la improvisación. Debía improvisar, obligado

por la insistencia de los otros, después de una rotunda negativa, como quien no quiere la cosa.

* * * * *

Uno, dos, tres discursos dichos ingenuamente, al calor del momento fraternal. El mío era superior, sin disputa, como fraguado con premeditación y alevosía; más aun, con la colaboración de cómplices muy experimentados.

Escuché al fin, pleno de gozo el corazón, las palabras sacramentales:

—¡Hable usted, hable usted!

Me negué. No tenía preparación... Insistieron. La profusión de luces y de flores, la solemnidad que procura el traje de rigor, las copas de champaña, todo era propicio al golpe escénico y lo dí. Las manos se alzaron unánimes para aplaudirme con vehemencia. Había triunfado, quedaba definitivamente consagrado.

Cuando me sentaba, más fresco que una lechuga, se irguió sobre su asiento un camarada guasón. De nuevo se hizo el silencio, en tanto que él, tomando con malicia

un papel entre las manos, daba lectura... ¡a mi discurso!, el mismo que acababa yo de IMPROVISAR.

No me había bastado con confiarlo a la memoria. Lo confié también a mi bolsillo y de ahí lo extrajeron hábilmente sus manos crueles.

Ahora, todos reían. Mi consagración se declaraba en quiebra, una quiebra fraudulenta.

(Envío del Autor).

De León Vargas

Díptico del corazón { ¡Aquella tarde!...

{ ¡Aquella tarde!...

Acuarela

Soneto macabro

Díptico del corazón

I

¡Aquella tarde!...

PARA ELLA
(En 1911)

Una tarde muy bella, con efluvios de rosas,
en que el sol derramaba sobre todas las cosas
la infinita tristeza de su lenta agonía,
caminaba contigo por el campo florido,
mientras iban las aves retornando a su nido,
mientras tenue la sombra desde lo alto caía...

Y esa tarde risueña, de caricias y flores,
de embriagantes aromas y promesas de amores,
hubo en mi alma una inmensa floración de ilusiones
y en el cielo mil nubes con dorados reflejos,
mientras iban las aves retornando de lejos,
mientras iban los grillos a entonar sus canciones.

¡Ay! Por eso me encantan esas tardes hermosas
en que el sol desparrama sobre todas las cosas
la infinita tristeza de su lenta agonía,
en que vienen las aves acercándose al nido,
esas tardes serenas, esas tardes sin ruido,
¡Cómo aquella en que siempre me juraste ser mía!...

(De *La Tarde*).

II

¡Aquella tarde!...

PARA ELLA

(En 1918)

Una tarde muy triste, de indecibles martirios,
en que el sol no brillaba... mas brillaron los cirios,
tras la inmensa congoja de tu amarga agonía
te marchaste exhalando débilmente un gemido,
mientras yo, sollozante, con el pecho transido,
contemplaba a mis hijos... y mi pena acrecía...

Y esa fúnebre tarde, de lamentos y llanto,
de dolor infinito e infinito quebranto,
en que libre ya tu alma voló a ignotas regiones,
y en que el cielo, enlutado, ocultó sus reflejos,
se durmieron mis hijos de tu féretro lejos
sin oír — como siempre — las maternas canciones...

¡Ay! Por eso me llenan de amargura infinita
esas tardes oscuras en que nada se agita,
como aquella tan triste, dolorosa y sombría,
en que el sol no brillaba, tras la niebla escondido,
y en que al cielo te fuiste con semblante afligido,
¡Pues Dios mismo en perjura convertirme quería!...

(De *La Tarde*).

Acuarela

Para CARMEN LISA

Brota a la orilla del río
un manantial de agua pura
que derrama su frescura
en antiquísima alberca,
que en reflejar se complace
las níveas nubes flotantes,
allá en el cielo... distantes,
ahí en el agua... muy cerca.

Bella y joven lavandera,
muy contenta en su labor,
canta una endecha de amor
con melancólico dejo...
Y cuando la ropa tiene
que de puro limpia brilla,
la sumerge en la pililla
que es de las nubes espejo.

Cuando llega a libertarla
de la cárcel transparente,
va un surtidor, refulgente
de blancura, apareciendo:
¡Parece que aquellas nubes
en la alberca reflejadas,
por blanca mano sacadas
poco a poco van surgiendo!

(De *La Tribuna*).

Soneto macabro

Para el Doctor Mahanah, que
tiene en su mesa de estudio la
calavera de Santiago Cueto

Le pregunté al Doctor, mirando aquella
amarillenta y vieja calavera
que abre en su mesa la mirada huera,
si fué de algún varón o de una bella...

Tomó la humana, miserable huella,
muy campante, y con cara placentera,
en seguida me dijo de quien era
el seco resto que pavor destella:

—Fué de un indio... Santiago se llamaba...
a los golpes tremendos del machete
cuando era yo estudiante sucumbió ..

¡Un soneto macabro presentaba
en el cráneo el indígena Cotete!...
¡Catorce machetazos recibió!

(Del *Diario del Comercio*).

El volumen contiene artículos de

	Págs.
1.—Acosta G., Julio.....	9
2.—Acosta G., Raúl.....	33
3.—Agüero, Raúl.....	43
4.—Alfaro, Anastasio.....	53
5.—Alvarez Berrocal, Rigoberto.....	77
6.—Casoria, J. R.....	83
7.—Castaing, Rodolfo.....	97
8.—Cortés, León.....	107
9.—Cortés, Roberto.....	123
10.—Chacón, Tranquilino.....	133
11.—Chacón, Euclides.....	149
12.—Chavarria, Lisímaco.....	153
13.—Chaverri, Virgilio.....	169
14.—Estrada, Rafael.....	181
15.—F. Ferraz v. de Salazar, Juana.....	187

	Págs.
16.—Fernández, León	195
17.—Fernández Guardia, León.....	209
18.—Fernández Guardia, Ricardo	227
19.—Fernández Rodríguez, León	257
20.—García Solano, Arturo.....	275
21.—González Soto, Miguel.....	281
22.—Jinesta, Carlos.....	289
23.—Jinesta, Ricardo	297
24.—Lachner Sandoval, Vicente.....	307
25.—Moncada G., Arturo.....	317
26.—Naranjo, Héctor	325
27.—Noriega, Félix F.....	341
28.—Obregón L., Miguel.....	351
29.—Orozco, Rafael.....	361
30.—Pacheco, J. Marcelino	369
31.—Rojas Corrales, Ramón.....	385
32.—Rojas, Víctor Manuel	391
33.—Saborío, Adán	401
34.—Saborío, Alfredo	419
35.—Saborío, Joaquín.....	425
36.—Salas Pérez, José Joaquín.....	439
37.—Salazar, Elías.....	447
38.—Sánchez Bonilla, Gonzalo.....	455
39.—Sibaja, José Joaquín	465
40.—Solera, Rafael Angel	475
41.—Solera, Tito Livio.....	479
42.—Solórzano, Mariano.....	487
43.—Soto, Bernardo.....	493
44.—Ulate, Otilio.....	513
45.—Vargas, León.....	523

